
El año de ochenta y ocho en Cedros y Santa Rosa pasé temporada hermosa en trabajos y en solaz. Planifiqué ambas haciendas y tracé algunos canales, serví con amigos leales que no se olvidan jamás.

Un día alegre me dijeros, cerca del fin de semana: Importa arreglo mañana sus trabajos aplazar; no vaya a Guadalajara, desde luego lo invitamos para que nos divirtamos en los días del carnaval.

En Cedros será el domingo el principio de la fiesta; vendrá banda y vendrá orquesta, vendrá la Nena a cantar. Toros se están apartando y haciendo las banderillas, ya se trajeron más sillas y tablados van a armar.

Luego sigue en Santa Rosa y termina en Buena Vista, y me enseñaron la lista de los que iban a invitar. Lorenzo Villaseñor que era el dueño de Cedros nunca se fijó en los medros y gastaba sin pensar.

Lo mismo fué Juan Bautista el dueño de Santa Rosa, y si apretaba la cosa se echaba por el balcón; no quería dar mala vista y aunque lo midiera Nacha y le dijeran Juan Facha siempre obró de corazón....

Lejos Manuel Capetillo Luis Veytia representaba. Buena Vista figuraba como siempre entre las tres. Las tres haciendas con brillo el carnaval festejaron sus amigos se juntaron cual no se ha visto después.

Cedros fué el centro de todo y Lorenzo y Emilita

con atención exquisita aumentaron el placer. Reunieron de fino modo a la gente que llegaba y Mica les ayudaba como ella lo sabe hacer.

No solo de las haciendas invitaron los amigos, pues quisieron que testigos vinieran de la ciudad, y que estas carnestolendas gozaran, con alegría, fiestas de noche y de día de dulce jovialidad.

La dulce voz de Micaela de noche nos alegraba y partituras cantaba como se deben cantar....

Vinieron los Camarena, los hermanos de la Mora, Luis Verdía con su señora, mucha gente principal.

La señora de Arzapalo, Piedad Pachecho, y aurora de hermosas niñas que alegraron las campiñas con su alegre sonreír. Toño Martínez Gallardo llegó con un traje pardo que se trajo de París. Y para que nadie calle Paco Fernández del Valle lució capa de Madrid.

Federico Kunhardt, vino con él, José Prieto Rivas y con valor y con tino y sin traer copas de vino al toro van a salir.

Llegó Juan Villaseñor, y Catalina elegante, siempre se luce arrogante y saben dar esplendor.

Al coche de Santa Rosa le siguen guapos jinetes y al llegar tienden tapetes y forman valla al señor. El señor baja primero, solo mira a la señora; con atenciones y esmero y como buen caballero la atiende como el mejor.

Catalina con mesura
al bajarse se detiene,
y con hermosa ufanía
sabiendo bien lo que hacía,
mientras el traje compone
de más momentos dispone
pudiendo todo mirar.

A la hora de la comida
que fué espléndida y lucida,
vino español de Galindez
a todos vino a subir,
y con el blanco y champagne
se mantuvo la alegría
y volaron todo el día
mariposas yavecillas
que son signo de festín.

También me gusta la bola
y la bulla y los trancazos,
también yo doy testerazos
cuando no estoy de patrón.
Me gusta la francachela
si en mi rancho no me encuentro,
también me meto en el centro
en mi cuaco retozón.

Allá en la hacienda de Cedros
en carnaval me encontraba
y la música alegraba
teniendo yo mal lugar.
Muy lejos de los violines
las canciones no escuchaba
y la bola me empujaba
echándome más atrás.

Y a mí que me gusta el ruido
y no estar en las orillas
me llegaron las cosquillas
de no dejarme ganar,
y aunque no tenía tequila
me metí en la tremolina
de cascarnes y harina,
en mi caballo alazán.

Y con un grito ladino
me abrí campo a caballazos
y en medio de los trancazos
bajo el tapanco y llegué.
Y ya me puso el destino
Debajo de las hermosas
y observé mejores cosas
quedando bajo su pié.

Solo faltaba muy poco
para estar junto a la Nena
y Ricardo Camarena
entusiasmado me vió;
y me hizo señas quitara
los charros que la rodeaban
y la canción escuchaban
quedandó mejor que yo.

Metí espuelas a mi penceo
que era de lo primero
y con empuje ranchero
los catrines aventé.
Lorenzo Villasenor
aplaudió la travesura,
palmoteó desde la altura
y mantuvo en mí el ardor.

¡Que viva Arroyo de Enmedio!
gritó Luis Pérez Verdía
y ya todos a porfía
comenzaron a reir.
Hasta algunos temerosos
como Julián Camarena
no viendo la cosa buena
ya querían intervenir.

Pero escuchando las voces
de los que me conocían
que en voz en cuello decían:
-No es de enojo el aventón
ni trae copas el jinete,
solo es un gusto ranchero
y es alegre el Ingeniero
y risueño y jugueton.

Cerca de las cantadoras
y más cerca de la Nena
le saludé a Camarena
que desde el palco aplaudió;
pero viendo que a esas horas
a la plaza habían entrado
para cortar el ganado,
un grupo allá me llevó.

Desde arriba de la cerca
Lorenzo estaba mandando
y los toros indicando
como se habían de apartar.
Mandó cerraran la puerta
y que no entrara la bola.
Dejó por cuadrilla sola
los que tendrían que torear.

Con fino traje de charro
y con un rico sombrero,
sin duda que era el primero,
lo acababa de estrenar.
Y bien lo sabía llevar
con natural elegancia,
su apostura y su arrogancia
bien pudimos apreciar.

Al verme entrar a caballo
me da un grito lisongero
y me tira su sombrero
a la arena frente a mí:
Lo recojo y se lo llevo
descubriéndome al momento
y le correspondo atento
Cortesía que recibí.

M. G. de Quevedo.